

LA INTEGRIDAD NACIONAL.

PERIÓDICO POLÍTICO.

ESTE PERIÓDICO

se publica los días 3, 6, 9, 13, 17, 20,
24, 28, y último de cada mes.

DIRECTOR:

ANTONIO G. LLORENTE.

REDACCION Y ADMINISTRACION:

PLAZUELA DE STA. CATALINA DE LOS DONADOS,
núm. 2, cuarto bajo.

LA CARTA.

En la sesion de ayer (por la noche) ha ocurrido un incidente que debemos recordar aquí para que nuestros lectores de Ultramar puedan formar juicio exacto sobre él; no por las noticias desfiguradas que allá acaso se remitan.

Antes de todo conviene decir algo sobre las personas que en él han figurado, en cuanto se relacione con las cuestiones de Cuba.

El Sr. Romero Robledo, cuyo voto particular á favor del aplazamiento de la discusion de la constitucion para Puerto-Rico, es conocido, ha venido sosteniendo animado debate defendiendo el indicado voto, en el cual el señor ministro de Ultramar se ha mostrado ardiente defensor del proyecto, es decir, contrario á la opinion de aquel diputado.

Parece segun hemos comprendido de las explicaciones que se dieron á la Cámara, que el Sr. Becerra habia indicado la existencia en su poder de un documento que no hacia mucho favor al Sr. Romero Robledo, segun el contexto de ese papel; que á instancias de este para que lo presentara, el ministro le habia ofrecido entregarle una copia á fin de que, despues de examinarlo, él mismo determinase sobre si habia de leerse ó no en la sesion. Esos precedentes sabidos de la mayor parte de los que se hallaban en el salon, tenian excitada la curiosidad, al extremo de oirse anunciar en algunos pasillos, que se preparaba *un gran escándalo*. Estas palabras llegaron varias veces á nuestros oidos.

Acababa de hablar el Sr. Navarro Rodrigo, que con innegable maestría, exactitud y elocuencia demostró la conveniencia, la necesidad y el deber de conservar las provincias de América, Cuba y Puerto-Rico, unidas á la madre patria, cuando el distinguido diputado pidió la palabra.

Las primeras frases que pronunció fueron para rogar á los señores representantes de la nacion le concediesen una atencion benévola. En medio del silencio, el orador, con aquel acento digno y tranquilo que revela la confianza de una conciencia sin mancha, recordó los precedentes que antes hemos narrado y dió lectura á la copia del papel que habia recibido del Sr. Becerra.

En esa carta fechada en la Habana en Junio de 1869, dirigida, al expresado Sr. Robledo, y firmada con el nombre de un tal Vilaró se daban al joven diputado las gracias por un ascenso que habia obtenido el que escribia, se le anunciaba que en la casa de un tal R., (con esa sola inicial se indicaba el nombre) se habian puesto á disposicion del Sr. Robledo 1.500

pesos, se le avisaba la remesa de 4.000 tabacos por un buque salido para Barcelona, se lamentaba no haberse alcanzado todo el adelanto que se deseaba y se ofrecia, si se conseguia la administracion de Cienfuegos ó Cuba otros 2.000 pesos que se situarian como recompensa del servicio en la misma casa de R.

Habia la circunstancia de que en lo que se decia sobre el dinero y los tabacos, se hablaba como refiriéndose á más de una persona, esto es, aparecia que las recompensas eran para varios; «para Vds.» decia la carta. Esta debia ser entregada al ex-subsecretario de Ultramar por un tal D. Joaquin Sancho ó Sanchez, encargado de ponerla en propias manos del individuo á quien aparecia dirigida.

Terminada la lectura de ese documento, el Sr. Robledo expresó su asombro por hallarse una carta particular que á él debia ser entregada y por él abierta, en poder del ministro de Ultramar. Este funcionario contestó que la habia encontrado abierta entre las suyas, sin saber quién la habia colocado allí, y agregó que espontáneamente manifestaba que confrontada la letra de ese papel con documentos suscritos por Vilaró, se notaba desde el primer momento que no eran iguales la firma ni el carácter de la letra.

Esa manifestacion bastó para que comprendiésemos, y con nosotros todos los presentes, que el papel era apócrifo, debia haber sido inventado y podia tener por objeto perjudicar al Sr. Romero Robledo. Desde aquel momento varió la corriente de las suposiciones y el incidente tomó un interés de distinto género. Que la carta no era una verdad se desprendia de la prueba que el ministro de Ultramar habia proporcionado, diciendo cuál habia sido el resultado de la confrontacion de letras verificada por él; pero nuestras convicciones tomaron más cuerpo, al oír al Sr. Robledo llamar la atencion sobre las circunstancias muy importantes de no decirse qué casa habia de entregar el dinero, ni el nombre del buque conductor de los tabacos. Efectivamente, en una carta en que con tanta franqueza se hablaba sobre el figurado negocio, en que se señalaba la importancia y motivo de la recompensa, y en que se consignaban con toda claridad el nuevo negocio propuesto y la persona que habia de entregar esa comunicacion, ¿á qué venia el misterio sobre el nombre de quien habia de dar los 1.500 pesos y sobre el del buque que traia el tabaco?

El *fraguador* de la carta no se habia atrevido á nombrar persona en quien suponer el encargo de la entrega del dinero, ni á designar buque, porque entónces hubiera sido muy fácil comprobar la falsedad de esos hechos, con

indagaciones que habrian tenido lugar como consecuencia indispensable, cuando la carta hubiese llegado al dominio público.

Y aun hay otra circunstancia muy atendida. Sin decir en qué buque venia el tabaco ¿cómo podia el Sr. Romero Robledo, recogerlo, ni encargar á nadie en Barcelona que se encargase del recibo? y si para ese recibo y para el envío al diputado, estaba ya nombrada una persona en ese puerto por el remitente, ¿por qué no se decia en la carta quién era esta?

¡Extraño, incomprensible misterio sobre particulares que no habrian envuelto sospechas, ni despertado en nadie dudas, y franqueza inconcebible en cuanto podria ser perjudicial á todos los supuestos interesados si ese documento llegaba á conocimiento de terceros.

Torpe anduvo el inventor de la superchería al no fraguar los nombres que necesitaba para que no se conociese tan pronto la falsedad y la invencion.

Comprendido que la carta era apócrifa, perdió el asunto el primitivo interés en cuanto al Sr. Romero Robledo, y pasó á tenerlo en cuanto al papel en sí.

¿Quién y con qué objeto se habia fraguado el misterioso documento?

¿Cómo apareció sobre la mesa del ministro de Ultramar y entre su correspondencia?

¿Cómo se habia leído esa carta dirigida al principiar, al Sr. Romero Robledo?

¿Por qué, como dijo este, indicándose en ella un prevaricato no habia pasado al funcionario de justicia que debia pedir la formacion de una sumaria por cohecho, siendo, como es, un hecho de esa clase, un delito comun?

¿Por qué venia al conocimiento público en los momentos de estarse debatiendo lo relativo á la Constitucion proyectada para Puerto-Rico despues de nueve meses de silencio?

Nosotros no podemos augurar qué luz ha de arrojar la sumaria que á peticion del Sr. Robledo se iniciará, protestando este hacerse parte en ella, pero por lo ménos la intencion del fraguador de ese documento, que pudiera haber sido confeccionado en Madrid, si fué la de echar una mancha sobre la honra del joven diputado, ha fracasado completamente, quedando en pié dudas muy distintas y cuyo esclarecimiento interesa á muchos.

La prevision del ministro mandando instruir un expediente gubernativo reservado ha de ser muy fructuosa, si es que la sumaria no viene á producir mejores resultados. ¿Que pronto se descubra el origen de esa criminal superchería con que acaso se ha tratado, aunque en vano, de crear una opinion adversa al Sr. Robledo!

El Sr. Lopez de Ayala en breves y oportunas palabras consignó públicamente su desprecio

hacia el que fraguó la carta, por sí á él se quería hacer extensiva la calumnia.

El crédito del uno y del otro han salido ilesos de la ruda é inesperada prueba porque ha pasado; y ambos diputados, aquel por la habilidad y franqueza con que ha llevado á los ánimos la convicción de que todo ha sido un ardid de mano desconocida; y este, por la digna altivez con que rechazó la impostura del autor del papel, ambos, en fin, se han mantenido á la altura que han sabido conquistar.

Así terminó el incidente que parecía habria de ser escandaloso, y que fué tan solo ridículo en cuanto al autor de la carta, y favorable para el Sr. Ayala y el Sr. Robledo.

POLÍTICA SINIESTRA.

¡Fecunda ha sido siempre nuestra pobre España en posiciones improvisadas, sobre todo en épocas turbulentas! Pero lo más singular ha sido algunas veces, que en ciertas elevaciones súbitas no ha habido nada que las justifique, dándose el triste caso, de no hallarse á la altura de las circunstancias en que los colocaba la ciega fortuna, los que á fuerza de audacia ó por accidentes inexplicables escalaban esas posiciones. ¡Cuántos males no ha tenido que deplorar nuestra patria por tal motivo, durante los varios periodos revolucionarios del presente siglo! ¡Cuántos desastres no han ocasionado por su ignorancia ciertas individualidades erijidas en poder, en momentos de revueltas! El favoritismo es ciego, y al dispensar sus dones, ha entregado más de una vez á merced de la ineptitud ó la impericia, el bienestar ó la suerte de un pueblo.

Otros países de Europa en sus revoluciones han tenido la dicha de ver aparecer hombres idóneos para todos los ramos de la administración, en medio de las mismas convulsiones en que se agitaban; pero algunos partidos en España, cada vez que las vicisitudes de la política los ha llamado al poder, no han desplegado superioridad mas que en una cosa: en la magnificencia de la palabra y la elocuencia en los debates políticos.

Otra de las desdichas de nuestras fracciones revolucionarias en todos tiempos, ha sido querer arrastrar á España á todo vapor, cometiendo errores prácticos de gran monta, que no solo comprometían su propia suerte, sino la de nuestras colonias. En 1814, en 1820, en 1835 y en el periodo actual, hallarán nuestros lectores datos de sobra para lamentar las desdichadas analogías, entre la impericia de sus hombres públicos respecto á Ultramar.

La suerte no ha sido pródiga en estos tiempos en España respecto á hombres de Gobierno; hemos estado condenados á carecer de aptitudes especiales, sobre todo para esos cargos importantísimos en que estaba continuamente puesta en juego la honra y la seguridad de la patria, siempre

temblando de que un momento de error ó de flaqueza, viniera cuando menos se pensara á herir los intereses de la nación; y en esas eventualidades no era excusa bastante para las alarmas por males irreparables, la certidumbre que el daño era causado por un hombre honrado, si sus efectos habian de ser tan desastrosos como si los causara la malicia.

Entre nosotros se han visto ministros cuyo buen sentido y sinceras intenciones nadie ponía en duda, y que aunque sin condiciones de hombres de Estado, todo el mundo se hacia la ilusión que la rectitud y el patriotismo suplirían en ellos la carencia de otras dotes. La benevolencia ingénita del carácter español ha ido casi siempre mucho más allá, pues al tolerar y disculpar primeros errores, lo hacia bajo sugerencias, de una esperanza generosa, la de que seria enmendado lo que no era bueno desde su principio, y la de que los hombres, constituidos en poder lejos de aferrarse á sus ideas propias, solo se inspirarian en los altos intereses del país.

Pero cuando la reserva y la esperanza (no de los que en la política ven un teatro de medro general), sino de los hombres de corazon, han llegado á ser defraudadas; y los hechos han evidenciado, que en medio de influencias encontradas, ha prevalecido, no la mejor, ni la salvadora, ni la que conciliar pudiera los intereses permanentes con la corriente de las ideas, sino solo la que lisonjeaba el amor propio de gobernantes poco idóneos, ¿qué tiene de extraño que la benevolencia se haya trocado en indignación, la esperanza en desaliento, y todos los esfuerzos se concentren para hacer desaparecer lo que se considera como un peligro? Antes que la persona de un ministro está la honra de un país, y cuando por causas múltiples, que casi no están en su voluntad, llega á hacerse incompatible con su reposo y seguridad, ¿quién puede ser tan mal ciudadano que vacile ni un instante entre la Patria y sus afecciones personales? ¿No es casi un deber oponer toda clase de esfuerzos para que no se consumen sucesos que serían una ignominia para nuestra Nación? El simple principio de conservación, ¿no nos induce á anunciar y dar la voz de alarma contra los que creemos han de traernos días de luto, y de desventura?

Estas reflexiones se nos venían al espíritu al leer con asombro en un periódico de Madrid, una especie de anatema general contra todos los que atacaban á su patrono. —Cuando un deber imperioso ó la triste necesidad de defender intereses nacionales, nos han obligado á poner en evidencia faltas ó culpas ajenas que pueden originar grandes males, es el colmo de la ridiculez injuriar al que los descubre. ¡Triste y singular medio es este

para justificarse de cargos irrefutables! *La cara que no el espejo, es lo que debes tirar.* A tan pobres recursos solo se apela cuando se está en la agonía: Cuando un poder se deshonor bajo el peso de su misma impopularidad, no es extraño que en sus postrimerias suplan sus adictos la falta de razones, con los desahogos que sugieren el rencor, el despecho y la impotencia.

Mientras el actual ministro de Ultramar, dió pruebas de imparcialidad oyendo indistintamente á todo el mundo, hizo concebir la esperanza de que en su ánimo solo influirían los altos intereses de la patria, y que en el cargo que acababa de confiársele no los comprometería en manera alguna: su subida al poder fué acogida con benevolencia, y casi infundió esperanzas halagüeñas.

Los buenos españoles que conocían las Antillas y la manera de ser de aquella sociedad, se hicieron la ilusión que por el Sr. Becerra pasaria el mismo fenómeno que tiene lugar en Cuba con todos los peninsulares que llegan á sus playas: es decir, que sea cualquiera la fracción política á que aquí hayan pertenecido, al tocar aquel suelo se olvidan de las precedencias y pasiones de partido, para no pensar sino en que tienen que ser solo españoles, ante el enemigo tenaz, que está en continuo acecho de la menor disensión ó flaqueza nuestra, para acabar con nuestra nacionalidad.

Nosotros suponíamos que sin pasar los mares, sin atravesar ese Jordan de concordia que separa á las Antillas de su metrópoli, en que se lavan y desaparecen todas las animosidades que aquí nos dividen, tenía el Sr. Becerra en su departamento datos de sobra, para adquirir desde su bufete la plenitud de noticias é informes que otros no pueden adquirir sino pisando aquel suelo. Nuestro error duró poco tiempo: entre la voz pública, entre la inmensa mayoría de los que daban muestras reiteradas de su amor patrio, y unos cuantos políticos nuevos, incompetentes por completo en cuestiones coloniales, el Sr. Becerra halló más aceptable el parecer de estos, y desde ese momento, no ha habido un acto, ni un decreto, ni un solo proyecto emanado de ese ministerio que no haya causado zozobras y alarmas sin cuento en las Antillas, y que no haya provocado protestas respetuosas, siempre respetuosas de aquellos leales habitantes, que de esa manera no parecia sino que apelaban del ministro inducido en error, al ministro mejor informado.

Desde entónces se estableció una lucha, del amor propio contra un noble interés, entre los que á todo trance quieren ser los asesores exclusivos, y los que tiemblan de ser víctimas de la política aconsejada por dichos señores. Ja-

más dudaremos de la buena fé de nadie mientras no tengamos pruebas en contrario, pero no dejaremos de mostrar extrañeza suma, de que todas cuantas quejas y representaciones llegan del elemento leal que se bate en Cuba y hace sacrificios sobre sacrificios para conservarla, otras tantas merecen las censuras amargas de esos pseudo-liberales que á todas horas entraban en el ministerio, algunos de los cuales forman parte de ciertas comisiones y hasta defienden en la prensa la política que sigue el ministro.—Entonces fué cuando á falta de razones, se inventó un mote necio y ridículo para lanzarlo en toda discusion á la cara de los que no aceptaban las ideas ultra-reformistas, por juzgarlas peligrosas.—En vez de discutir en serio en vez de oponer argumentos á argumentos, la única contestacion que se nos daba á los liberales conservadores, cuando probamos en todos los terrenos los perniciosos efectos de la política que representaba esa fraccion, era llamarnos reaccionarios ó negreros.

Como no habia buena fé en los debates, lo que importaba á esos señores, era crear atmósfera entre sus *inconscientes* educandos, para que prevenidos contra nosotros ni siquiera se prestaran á escucharnos. Largas y pertinaces luchas se sostuvieron en la prensa, pero jamás se nos hizo la justicia de confesar que en el ministerio de Ultramar existian testimoniadas las pruebas de que queriamos la abolicion y las reformas.—Pero concedernos esto, declarar *esta* verdad, habria sido privarse de una palabra de efecto que para ellos tenia fuerza de argumento, y así hemos seguido hasta hoy, en que alguno de los que entonces se contentaban solo con llamarnos negreros, quieren hoy vendernos á los Estados-Unidos.

Y cuando tanto se hace en la prensa por ciertos escritores para agravar la situacion de Cuba, por crear nuevas complicaciones que hagan perder todo lo adelantado, y porque llegue un momento triste en que no podamos conservarla; cuando de una manera insidiosa se trata de echar allí nuevo combustible á las pasiones, y gastar los resortes de autoridad y fuerza que dichosamente están conjurando la ruina de nuestro poder; cuando politicos ciegos ó extraviados contribuyen con una tenacidad digna de mejor causa á hacer más crítica nuestra situacion en las Antillas, ¿por qué se ha de extrañar, porque se ha de injuriar á los que avisan el peligro, y dan la voz de alarma al país, para que no contribuya con su inerte indiferencia á una catástrofe?

Para los que sostienen á *todo trance* que llevemos á Puerto-Rico la simiente perturbadora de que hasta el día ha escapado dichosamente, para los que esperen

medrar en medio de las convulsiones que allí produciría, para los que desde New-York lo tienen todo preparado para excitar los ánimos y crear perturbaciones con el arma de los derechos individuales á la manera que lo hicieron en Cuba engañando al Gobierno; para estos y otros, interesados en que perdamos todo lo que nos queda, comprendemos que no sean agradables nuestras palabras.—Pero de esto, á calumniar á todo el que se les atraviesa en su camino, que creian llano y sin estorbos, y en el que de repente aparecen adversarios enérgicos é inquebrantables, hay una palmaria injustia.—Somos los primeros en saber y declarar que hay muchos desdichados cuyas fortunas no han tenido otro puente que los abusos y la corrupcion; los condenamos. En todo país ha habido siempre personalidades odiosas, pero tambien se ha considerado como el colmo de la indignidad, confundirlas en un anatema comun con las clases respetables á cuyo lado se agitaban.

Ni aquí ni en Cuba hay esos enemigos formidables de las reformas: hay solo hombres llenos de ese insigne patriotismo que cree, prudente aplazarlas, hasta que no constituyan un peligro para la seguridad de la patria, ni más ni menos, que hizo la *fraccion democrática* cuando la última rebellion federal, al pedir, apoyar y votar la suspension de libertades ya existentes.

Los verdaderos enemigos de esas reformas, son los que arrastrados por una impaciencia inexplicable, ó por un gran egoismo, ó por otras causas que á nadie dicen, se obstinan en llevar nuevas turbulencias á un país que las teme.

Esa política desatentada que tanto se decanta, y que nos atrae tantas agresiones indebidas por combatirla, ó precipitará la caída del ministro que la personifica, ó si este se deja arrastrar por las corrientes que lo circundan, y nadie se opone, arrastrará á un abismo nuestro poder colonial.

En medio de las zozobras y la incertidumbre que nos angustian, siempre vemos un átomo de esperanza en el vacío que comienza á hacerse en torno de lo que podemos ya calificar de política personal del Sr. Becerra. Los absolutistas, los moderados, los unionistas, gran parte de los progresistas, algunos cimbrios y varios republicanos, olvidan sus divisiones de momento para recordar el carácter nacional de este asunto, y ven los más con indignacion, los otros sin interés alguno por el ministro, que se gasta debatiéndose en su propia impopularidad, la que acrecen sin cesar los partes, las protestas y las exposiciones que de todas partes lueven contra su actitud.

Poco importa que un ministro tenga buena fé y sobra de buenas intenciones;

si sus errores de apreciacion, dan por resultado actos contrarios á aquellas.

Condenamos su política por parecernos funesta, porque vemos en ella, como el Sr. Navarro Rodrigo, *una amenaza para la seguridad de las Antillas*.

Sus incensarios obligados nos axfisian ya con tantos elogios como le prodigan; ellos le desvanezcan y lo afirmen cada vez más en los errores, que tan caros han de pagar las Antillas, y concluyan por hacer cansada la cuestion, descubriendo á tiempo, que debe ser bien poca la fuerza y el prestigio del que deja que combatan á sus adversarios solo con injurias.

Los que asumen este papel podian acordarse de lo perecedero de las glorias de este mundo y que la mayor parte de los que combaten á su patrocinado no pertenecen á las categorías caprichosas en que los ha colocado. ¡Cuán feliz seria el Sr. Becerra si pudieran acompañarle siempre la serenidad de espíritu y la rectitud de intenciones de muchos que lo creen hoy un peligro para las Antillas!

La revolucion de Setiembre dejaría un recuerdo ignominioso en la historia, si por complacer al filibusterismo manso (que á bien pocos ha logrado engañar con la hipocresía), se creara en América una situacion, que originaria más tarde ó más temprano nuestra total expulsion de aquellos mares.—Aun podia ser algo peor, si conmovidos por los falsos acentos de una lealtad aparente, otorgáramos en toda su plenitud todas nuestras libertades, y al poco tiempo vinieran á extremecernos sus efectos, haciéndonos contemplar el cuadro tremendo de toda una sociedad en combustion, y entregada á los instintos salvajes de las pasiones de las razas, y de todos los demás elementos contenidos hasta entonces por vínculos fuertísimos. ¿Qué se salvaria en medio de los choques convulsivos de tantos intereses discordes? Ni aun la civilizacion, pues á la postre solo horrores y ruinas se presentarían á la vista del habitante de aquellas regiones que tuvieran el triste valor de mirarlas una última vez.

Dejad en paz á los que en una época tan metalizada, tan egoista, y tan rara en grandes acciones, han ofrecido sus fortunas y están exponiendo sus vidas para salvar lo que sois incapaces de comprender.

Ellos, aunque esas valiosas fincas por las que los acriminais, triplicaran de valor si les diera sombra el pabellon Yankee, no quieren perder lo que el hombre estima más en la vida á trueque de tener un poco más de oro. Ellos aman sobre todo la nacionalidad, la lengua y la religion en que vivieron, y todas las magnificencias de civilizaciones más adelantadas, no serían bastantes á seducirlos, así como no vende jamás el nombre de

sus padres, el que desde temprano ha aprendido á venerarlos.

No es con cajas de azúcar, ni con los mil productos de su riqueza exhuberante con lo que quieren atacar vuestra conciencia, que aun la juzgan pura, aunque obcecada; sus valores no se emplean en comprar conciencias, sino en recursos para exterminar á los que odian y hacen cruda guerra á España: ellos dan todo lo que pueden dar, hasta sus vidas, con tal de triunfar y si más de una vez han vuelto sus ojos á sus hermanos de acá ha sido para pedirles tan solo, que si aun aman á España, no alienten desde aquí al enemigo encarnizado que ellos allá combaten.

No con palabras de odio, no con la saña que inspira el rencor, nos dirigimos á los que preocupados por el espíritu de partido, atienden más á las exigencias de este, que á los arranques generosos del patriotismo que nunca engaña. Bien sabemos que siempre serán inaccesibles á nuestros ruegos, aquellos para quienes la idea de patria, consiste solo en conservar, defender ó hacer triunfar la causa de un ministro.

Pero llegan momentos en que todas las fibras del alma, se conmueven con fuerza ante los grandes dolores que no son comunes, ó ante los grandes peligros que son una amenaza para todos: hay circunstancias en que so pena de dejar de ser ó de servir de ludibrio al extranjero, es preciso el concurso de todos los esfuerzos unánimes, y que todas las discusiones se dobleguen ante un interés superior; hay por fin ocasiones, en que cuando nuestros hermanos, deponiendo odios y fundiendo todos sus sentimientos y todas sus aspiraciones en una sola idea, hacen temblar al enemigo con su actitud, y se hacen admirar por sus hazañas y su abnegación, y perecen sin quejarse, y se sacrifican sin cálculo, y los enardece la adversidad, y los fortalece el amor á la patria, y no logra desalentarlos ni el hambre, ni las enfermedades, ni los descalabros, ni la perspectiva de la miseria, no debia haber nadie bastante osado, para dirigir ni un cargo ni una queja á los que de tal modo han ido más allá de lo que permiten las fuerzas humanas.

Si la ingratitud apaga el entusiasmo, y seca en sus fuentes todo estímulo para las grandes acciones, ¡cuánto no debemos deplorar que á los gritos de triunfo, de dolor, de alegría, de angustia ó de esperanza de tantos valientes que tienden sus brazos cariñosos á España, les hayan lanzado del fondo de un diario ministerial por toda contestación estas crueles palabras *é guarda é passa!*

Hay arrogancias que irritan, hay ideas que abrasan, hay injusticias que sublevan. Que Dios libre á nuestro colega del

justo enojo de tanto patriotismo ofendido.

Para nuestro humilde periódico es una distinción que aparezca en sus columnas la carta que nos ha dirigido el Sr. D. Miguel García Camba, y que publicamos á continuación:

«Sr. Director de LA INTEGRIDAD NACIONAL.

Madrid 26 de Marzo de 1870.

Muy señor mío, y de mi particular estimación: He leído en el ilustrado periódico, que con tanto patriotismo Vd. dirige, la protesta que hacen sus fundadores desde la Habana, en representación de los españoles allí residentes, contra la idea de cesion de Cuba, iniciada por periódicos de Madrid, y me sorprende que haya podido tomarse en serio una especie que no halló ni hallará acogida en los hidalgos pechos de los que nunca podremos vender nuestra honra, ni consentir que aquella fertilísima Antilla deje de ser española.

La libertad ilimitada de la prensa, pudo y puede dar lugar á que cualquiera de sus órganos anuncie ese anti-español pensamiento; pero cuantos apreciamos en lo que vale nuestro immaculado nombre, reprobamos con toda energía semejantes publicaciones, y en su caso estaríamos dispuestos á pelear y morir por la defensa de una parte de nuestro territorio.

El Gobierno y la nación acaban de dar pruebas incontestables de su patriotismo, acudiendo al auxilio y defensa de la isla de Cuba, y ciertamente no puede presentarse protesta más solemne contra los que inventan y dejan correr especies siempre alarmantes, siendo hoy más que nunca imprudentes, por no estar terminada una insurrección vandálica y destructora.

Yo, que por espacio de tres años y tres meses he residido en la Habana, desempeñando los importantísimos cargos de auditor de guerra del ejército y capitania general de la isla de Cuba, y de magistrado decano de la Audiencia Pretorial, tuve ocasion de conocer la general adhesión de aquellos habitantes á la madre patria, y sus justas aspiraciones á ver planteadas reformas de interés general que hagan practicable sin trastornos ni conmociones la libertad bien entendida, conciliable con el orden, dentro de cuyo bien meditado sistema cabe una administración justísima y económica en todos los ramos del servicio público, siendo de esperar que las Cortes y el Gobierno mediten con calma y prudencia la manera de gobernar nuestras posesiones ultramarinas.

Usted, Sr. Director, que con tan buen juicio sostiene los derechos de los habitantes de nuestra Antilla, sírvase inculcar en el ánimo de todos la seguridad de no existir el menor riesgo que haga temer que Cuba deje de ser española, convencido, como ya debe estarlo, de que los españoles sabríamos pelear y morir antes que consentir que nuestra perla dejase de adornar la corona de Castilla.

Soy de Vd. afectísimo servidor y amigo que besa sus manos,

MIGUEL GARCÍA CAMBA.»

El Sr. Camba, ilustrado y dignísimo magistrado, que ha ejercido las funciones de su ministerio en la Habana, dejando allí un imperecedero recuerdo de respeto y aprecio por su integridad y saber, debe ser oído en cuanto se refiere á las cuestiones de Cuba, y por eso llamamos la atención sobre las palabras que nos dirige, y en las que consigna advertencias muy

saludables para los que hoy tienen á su cargo la dirección de la administración española, á las que deben atemperarse si no quieren incurrir en graves errores, que traerían en pos de sí funestas consecuencias.

Convenimos con el ilustrado Sr. Camba, en que los habitantes de nuestra Antilla deben abrigar la seguridad de que Cuba será siempre española, porque los españoles sabrán pelear y morir antes que consentir en que nuestra perla deje de adornar la corona de Castilla.

Así lo hemos consignado ya, y creemos que en los enunciados proyectos de venta hay más de laborantismo que de realidad.

LA NOTA

DEL GOBIERNO NORTE-AMERICANO.

II.

No es únicamente la fuerza de las doctrinas y del derecho, lo que debe influir en el ánimo de nuestros gobernantes para que en su contestación á la nota del gobierno norte-americano, reproducida en el número de este periódico, rechace toda intervención en las resoluciones que hayan de adoptarse para el régimen de nuestras provincias de Ultramar. La misma letra de ese documento les indica cuán necesario es que con la firmeza de la dignidad, hagan comprender á todos los poderes, que no puede subordinarse la independencia de la nación á los deseos, á la voluntad ó á la opinion de otros gobiernos.

Y decimos que la letra de la nota así lo indica, porque en ella, sin muchas reticencias, se hacen revelaciones que son útiles si sirven de advertencia para nuestros hombres de Estado, y que serán motivos para dirigirles cargos, si las dejan pasar desapercibidas.

Encuéntrese desde las primeras líneas del despacho á que nos referimos, la confesión del interés que los Estados- Unidos sentían en la lucha cubana á favor de los rebeldes, y que ha decaído allí desde que la *flagrante violación de sus leyes por los agentes de la insurrección ha sido reconocida*; que el *presidente y todos los miembros del Gabinete sintieron simpatías por ellos antes de sus demostraciones ilegales*; que en la república hubiera habido un *sentimiento más cooperativo en favor de la causa de los insurrectos de Cuba, si la junta cubana hubiera empleado su dinero y energía en enviar á los insurgentes armas y municiones de guerra, lo que, dicese, podían haber hecho en conformidad con las leyes de aquel país y con el derecho internacional*; y que el Gobierno de esa nación ha declarado y declara, que respecto del reconocimiento de los filibusteros como beligerantes, *se regirá por los hechos que ocurran*.

Esas manifestaciones nos llevan á du-

dar si será ó no apócrifo ese documento; porque nos asombra que en una nota destinada á sufrir un detenido estudio y un prolijo exámen se hayan hecho confesiones tan irritantes para nosotros y se hayan consignado errores de tanto tamaño, como son los que vamos á refutar.

Sin admitir que en el pueblo norte-americano haya existido nunca simpatía alguna por los pueblos latinos de la América, convenimos en que hay en él gran interés por el triunfo de todas las insurrecciones contra los poderes europeos, por ver en estas el medio fácil y seguro de que los países que desea absorber aquella república, caigan en sus manos como «la manzana cae á tierra cuando su madurez llega á cierto período.»

No procediera así, ni abrigara contra nosotros tal sentimiento de verdadera hostilidad, *ese poder amigo*; no diera el auxilio moral que con su aprobacion presta á los actos de rebeldía de los hombres desleales en Cuba; no alentara á los vacilantes, si no esperara la futura adquisicion de esos territorios cuando se hallaran abandonados y débiles á su frente. Eso se conoce recordando la conducta que observó en su contienda con los Estados del Sur de la república, que usando del derecho que quiere hacer valer la nacion Norte-americana en favor de los rebeldes de Cuba, pretendieron separarse y constituirse independientes.

¿Por qué entónces negaron á esos estados la facultad de segregarse que hoy conceden á los insurrectos de la grande Antilla? ¿Qué razones existian para que fuera injusto allá, lo que se considera justo en nuestro daño?

Hacemos esas ligeras indicaciones para que resalte más la inconsecuencia que hay en quien ahora pretende mezclarse en nuestras disensiones, imponiendo la neutralidad en ellas, como concesion graciosa en pago de nuestra obediencia á sus deseos.

Porque es exigirnos esa humillacion, manifestar que la nacion Norte-americana, conservará la neutralidad, haciéndose la abolicion de la esclavitud, *sine qua non*; y agregar que el representante de ese poder debe dar los pasos necesarios para que se inicien tambien las prometidas reformas en las provincias ultramarinas, como obligaciones que nuestro Gobierno ha contraido con aquel.

Dejemos á un lado la cuestion de justicia y de conveniencia, cuya apreciacion á nosotros exclusivamente pertenece, y á que sabremos atender sin la direccion de un extraño; y concretémonos por hoy al hecho de presentárenos esas reformas como imposicion, ó como mandato.

¿Con que fundamentos, por qué razones plausibles se permite una nacion, por más que se llame amiga, trazarnos la conducta que debemos seguir en nuestros

asuntos interiores? ¿Qué derecho le asiste para dictarnos su voluntad respecto de las modificaciones que debemos hacer en nuestro sistema político ó social? ¿Acaso dió ella el ejemplo aceptando en sus guerras intestinas la intervencion que ahora pretende arrogarse respecto de España? ¿O se encuentra esta sometida á su voluntad, ú obligada por pactos ó por tratados que á esa sujecion la fuerzen?

Que nosotros hagamos los cambios ó reformas que el régimen de Cuba demande, ó que las aplacemos, si así lo estimásemos conveniente, es cuestion que no corresponde á otros poderes y en la cual no debe influir una presion ofensiva á la independencia nacional. Cumple, pues, al decoro y al respeto propio, hacerlo así comprender á todos, y eso esperamos de la cordura y energia de nuestros gobernantes.

Recorriendo el contexto de la nota á que nos referimos, encontramos en ella frases que darian lugar á creer que las presentes exigencias de la república Norte-americana han tenido origen en anteriores actos de debilidad ó de amistosa deferencia que debilidad demostrasen.—Léese allí que el Gobierno de aquel país *considera al de Madrid obligado á llegar á ese resultado*, y que el representante de la república *ha recibido varias veces seguridades á ese efecto de más de un miembro del gabinete*.

No conocemos los términos en que se hayan dado *esas seguridades*; pero dudamos que las explicaciones *amistosas* posibles que deben haber ocurrido, hayan llevado envueltos compromisos arrancados con reclamaciones hechas por quien carece de personalidad legal para efectuarlas.

Nuestros hombres de estado no pueden haberse sujetado á condiciones que les impusiera un extraño, admitiendo una tutela en su conducta referente á Cuba; eso hubiera sido subordinar el prestigio y la libertad de España á las conveniencias de una nacion, que quiere ser la dominadora en América.

Si tal hubiese acaecido, se habria consignado un precedente funesto, perjudicialísimo para los intereses de nuestra patria, porque ese gobierno, de pretension en pretension, de exigencia en exigencia se constituiria en árbitro de nuestros destinos allí.

Pero se dice que solo á ese precio podrá guardarse la neutralidad en la guerra que en Cuba sostenemos contra la insurreccion. Hay en esto dos particulares que merecen examinarse.

O la neutralidad es un deber, un precepto de justicia universal que todas las naciones civilizadas deben observar en épocas de paz con las que se hallan sufriendo convulsiones intestinas, ó es un favor que á su capricho pueden conceder

sin faltar á lo que prescriben la amistad y la lealtad recíproca.

En el primer caso, ninguna está en libertad para estipular condiciones por el cumplimiento de lo que es obligatorio, á no ser que destruya las reglas de mútuo respeto y de eterna equidad á que obedece la gran familia de los pueblos: en el segundo el favor concedido hoy, solo se obtendria mañana á costa de nuevos sacrificios, lo que seria una sujecion continua á la voluntad ajena, una agonía prolongada, que al fin terminaria con la muerte del poder amenazado, despues de haber ido perdiendo este, paso á paso, su independencia y su dignidad.

Los Estados-Unidos se encuentran sujetos á la obligacion de impedir que dentro de sus límites se concierten ataques contra España; y ya sea que consideremos la neutralidad una ley superior á la voluntad de los pueblos, ya que admitamos que solo es un precepto cuando existe un pacto expreso, en ambos extremos, la república Norte-americana tiene que conservar esa neutralidad, sin consentir en que se falte á ella en su territorio, y sin concederla á trueque de tales ó cuales condiciones.

Un estado amigo no puede sin incurrir en una negligencia censurable dejar que desde él se hostilice á otro, y únicamente tiene excusa si tal sucede, cuando su debilidad le imposibilita para llenar ese deber.

Respecto de nuestra patria hay otra razon especial muy de tenerse presente en la cuestion. En el tratado de paz y comercio celebrado entre nuestro gobierno y el de esa república en 1795, no solo se reconoció la obligacion de impedir esos atentados contra la seguridad de las dos partes contratantes, sino que se señaló el castigo que cada una de estas debia imponer á los infractores de esas estipulaciones.

No siendo, pues, la nacion Norte-americana, débil para oponerse á las demandas de sus súbditos ó de los que allí se refugien; existiendo el deber de no apoyar las sublevaciones contra los poderes amigos; y estando vigente ese tratado de paz, la neutralidad es forzosa para los Estados-Unidos, que á ménos de faltar á sagradas obligaciones, tienen que impedir que los insurrectos de Cuba, sus agentes ó sus jefes nos causen perjuicio ó turben la tranquilidad de nuestros pueblos.

Si así no proceden, si para llenar el compromiso contraido en los tratados vigentes, quieren ahora que se satisfagan ciertas exigencias; si pretenden someternos á estas ó las otras pretensiones, conminándonos con prestar un auxilio moral á los rebeldes de Cuba con el reconocimiento de beligerancia que se tiene suspendido á guisa de amenaza constante sobre nosotros; entónces podremos decir

sin que se nos tilde de ligeros ó de injustos, que atropellando todas las leyes internacionales, aspira esa nacion á constituirnos en una dependencia vergonzosa y fatal.

Esto mediten los que representando al pueblo español hoy, tienen que conservar incólume el sagrado depósito de su honor y de sus intereses, que ese pueblo les ha confiado, para que al dejar un día el poder lo devuelvan sin mancha y sin quebranto alguno.

LAS 14.000 FIRMAS.

No basta indicar que en las manifestaciones que hacen muchas personas, hay error ó falsedad; no basta contradecir con la sola autoridad de la opinion propia las palabras que otros pronuncian ó estampan en el papel; preciso es para no incurrir en el ridículo que trae en pos de sí una interpretacion aventurada é inexacta de los hechos, estudiar las cosas de que se va á tratar, indagar qué hay en ellas de cierto, y cuáles han sido su origen y sus causas, para luego emitir los juicios, fundándolos en pruebas irrecusables. Si otro sistema se sigue, si otra marcha se adopta, de seguro que sobreviene un fracaso ó un escarmiento.

Verdad es que en las luchas políticas se vé á cada momento al escritor lanzarse al azar, sin premeditar las consecuencias de su ligereza adelantando negaciones ó afirmaciones, segun se lo demandan el espíritu de escuela, las conveniencias personales, las exigencias de los compromisos, ó la ciega pretension de la vanidad.

Verdad es tambien que estamos en una época en que las creencias tienen muchas veces su asiento en el estómago y en que con frecuencia tambien el patriotismo, como el mercurio en el tubo del termómetro, sube ó baja conforme sube ó baja la influencia del partido á que se pertenece.

Esclavo el corazón de muchos, de las leyes de estos ó de los otros credos políticos, suele atender primero á sus preceptos que á lo que dictan la equidad y la justicia: lo sabemos. Por eso si asombro nos causaba no hace poco tiempo oír á algunos decir con una admirable franqueza, *antes que todo es mi partido*; hoy, por más que nos produzca siempre una impresion desagradable, vamos habituándonos ya, no á la idea, sino á oírla expresar.

De aquí el que no nos sorprenda la serenidad y el aplomo imperturbable con que suelen consignarse opiniones sobre hechos que no se conocen; explicarse acontecimientos que no se han presenciado y emitir pareceres al capricho, sobre sucesos de que no se tienen sino vagas noticias. Cuando esto acontece y se trata de lo que nosotros sabemos y hemos visto, al momento achacamos la conducta de los que así proceden á la pueril

presuncion de presentarse como aptos para fallar sobre la cuestion de que se ocupan, ó la necesidad de sujetarse á las trabas de obligaciones contraidas.

Si no es así ¿cómo se explica esa notable ligereza á que arriba hemos hecho referencia? ¿Sería acaso posible que un escritor que siempre debe llevar por guía en sus afirmaciones ó en sus negaciones la prudencia y el deseo de no separarse de la verdad, se produjera con tanta facilidad (¿?) sobre particulares que no están á su alcance y acerca de los cuales tiene ideas vagas, si no cediera á lo que le dictan sus simpatías ó su amor propio?

Nosotros, aun cuando la duda más ó ménos lejana se nos presente, no acostumbramos imputar intenciones punibles á los que yerran en las cuestiones de las Antillas, mientras el convencimiento no nos revele que en ellos dominan esas intenciones; pero en el momento en que la duda desaparece y eso sucede, entónces no imputamos, sino que hacemos el merecido cargo á quien es acreedor á él. En cualquier caso, sin embargo, no podemos dejar de rebatir el error ó las inexactitudes que con tal ó cual propósito se propagan en daño de la seguridad de aquellos países.

Y decimos en daño de la seguridad de aquellos países, porque ese daño puede resultar de cuanto directa ó indirectamente se diga ó se haga aquí, para desvirtuar los hechos ó para desorientar la opinion respecto de los actos del partido leal de Cuba.

Dícese que la exposicion de los 9.000 habitantes de aquella isla, pidiendo que se aplase la discusion del proyecto de Constitucion para Puerto-Rico, «no representa la opinion de la grande Antilla; y que para probar eso, apenas se necesita más que llamar la atencion sobre los antecedentes de la guerra en Cuba y sobre las circunstancias por que atraviesa ese desgraciado pais.»

Si el escritor que así se ha expresado, ha querido dar á entender que esa exposicion no representa la opinion de todos, sino solo la de los hombres leales, ha dicho una verdad incontestable; si ha querido consignar que no representa la de los insurrectos más ó menos embozados, ni la de los traidores que con las armas en la mano quieren destruir la nacionalidad española en América, tambien ha dicho la verdad.

Nosotros no queremos hacer á quien tanto se ocupa de los asuntos de Cuba, el agravio de suponerle ignorante del antagonismo inmenso que los rebeldes y sus partidarios abriga por España y por todo lo que es español: no podemos juzgarle tan cándido que crea que en esa faccion haya interés alguno, por ningun sistema de Gobierno que en esa isla se es-

tableciera, si hubiera de conservarla unida á la madre patria y no debemos adelantarse que lleve el pensamiento de divulgar la idea de que á los traidores se les conceda el derecho de pedir ó que se les consulte sobre los asuntos del pais. ¿Qué dirian estos sobre reformas ó sobre instituciones más ó ménos liberales? Que no las quieren, porque sus únicas aspiraciones son arrojar de allí nuestra bandera despues de arrastrarla por el fango.

El autor del artículo de que hemos tomado aquellas palabras, (artículo que ha insertado en sus columnas *El Universal*) y á las que nos proponemos dar cumplimiento y extensa respuesta, ha dicho bien, si es que ha querido consignar que la exposicion no es la expresion de los deseos de los rebeldes.

Pero una duda asalta nuestra mente. ¿Habrá sido la intencion de ese escritor afirmar que esa exposicion no representa la opinion de los hombres leales de Cuba? En ese caso ha incurrido en error inmenso.

Ese documento merece y mereció la aprobacion de la inmensa mayoría de los verdaderos españoles; y uno, solo uno opinó de distinto modo. Mas adelante desvaneceremos el pobre, el pobrísimo argumento del articulista del *Universal*, sobre la oposicion manifestada por el que se mostró contrario al pensamiento.

Queremos antes de entrar de lleno en el asunto hacer dos advertencias muy útiles y que rogamos no se olviden.

Es la primera, que no nos asustamos porque para contestárenos en una polémica sobre particulares que deben discutirse con la mayor calma, se eche mano del gastado recurso de llamarnos *reaccionarios* ó *agentes del partido retrógrado*: comprendemos que si bien se tratará de crear atmósfera para prevenir con esos títulos la opinion general contra nosotros, seríamos muy inocentes en dar importancia á ese sistema, y en separarnos de nuestro firme propósito, que es desvanecer errores, diciendo la verdad y presentando pruebas contra las negaciones que se hagan para oscurecerla.

Es la segunda que mientras sea necesario destruir ligeros asertos, emplearemos un lenguaje templado, sin que esto obste para expresarnos con energía cuando el cumplimiento del deber que tenemos nos lo exija: porque entónces, es decir, siempre que los sagrados intereses de nuestra causa lo demanden, llegaremos hasta el extremo que podamos dentro de la esfera de la razon, explicando sin reticencias, ni ambages, lo que creemos sobre cuantos juegan en las cuestiones de Cuba y sobre sus actos y sobre sus ideas.

Sentados esos precedentes volveremos á lo que es motivo de este artículo.

La exposicion presentada á las Cortes es la opinion y expresa el deseo del partido leal de Cuba; autorízanla firmas res-

petables, respetabilísimas de ese partido. El alto comercio español, opulentos propietarios; escritores de valía; letrados acreedores de toda consideración; cuantos en el breve tiempo que transcurrió desde que ese documento fué redactado hasta su salida para esta capital el 15 de Enero tuvieron noticia de él y pudieron suscribirlo.

No queremos que se nos crea sobre nuestra palabra. Para que el autor del artículo del *Universal* pueda comprobar lo que decimos, ántes de algunos días circulará aquí la lista impresa de los nombres de las personas que entre 14000 firmantes nos son conocidas.

Así, de ese modo contestamos nosotros á las pueriles declaraciones de cuantos en todo lo que hace el partido leal de Cuba, encuentran inexactitudes ó doblez.—CON PRUEBAS.

¿Y sabe el articulista del *Universal* qué suma de riqueza representan esos nombres? Una suma inmensa como comprenderá muy fácilmente examinando la relación que le ofrecemos y que le hará conocer que no es exacto lo que ha adelantado al decir que la casi totalidad de los hombres importantes de la isla se ha abstenido de firmar ese que llama *lastimoso* documento.

Verdad es que no le han suscrito muchos de los que residen en varias ciudades de Cuba; pero ¿cómo habian de efectuarlo los que se hallaban en localidades lejanas de la capital, cuando la premura del tiempo que hemos indicado, no consentía esperar á que se pidieran y llegasen sus firmas?

Verdad es también que entre los nombres que contendrá la lista faltan los de Bramosio, Aldama, Morales Lémus, Céspedes, Aguilera, Arango, Ponce de Leon, y mil otros enemigos de España que de seguro no habrian en ningun caso convenido con los hombres leales; pero esa falta, lejos de sernos sensible nos enorgullece, esos nombres lejos de haber dado prestigio á la exposición la habrian manchado.

Antes de suspender la tarea de contestar al artículo publicado en *El Universal*, pedimos á su autor que á su vez nos designe cuáles son los buenos españoles que se han opuesto al deseo de que se aplase el establecimiento de innovaciones en la actualidad inoportunas, en una isla hermana, que influirían desastrosamente quizás en la suerte de Cuba, y cuya detención momentánea no traería perjuicio sino ventajas para ambas. ¿Quiénes son esos hombres leales, peninsulares ó insulares que les han autorizado en cartas para sus afirmaciones?

Pide pruebas: vamos á dárselas porque queremos que aquí se sepa la verdad: pero del mismo modo se las pedimos de lo que dice; que tenemos igual derecho que

él para negar la exactitud de lo que afirma, «sin más garantía hasta ahora que su simple parecer.»

Tiempo es de que no circulen sin contradicción por la Península, errores que pueden desprestigiar al partido leal de Cuba, y decimos que es tiempo, porque bastante se ha tratado de prevenir aquí la opinión contra ese partido, imputándole intenciones que no tiene y prodigándole dictados que no merece.

Testigos nosotros de todo lo ocurrido allí y conociendo á muchos de los hombres que firmaron el *lastimoso* documento objeto de este artículo, podemos contestarle con toda la calma y la seguridad con que lo hacemos, agregando que si para testificar la exactitud de nuestras palabras, se nos exigen otras garantías, nos será muy fácil alcanzar la de respetables magistrados, de acreditados negociantes y de altos funcionarios que aquí residen, que nombraremos si necesario fuese, y que no nos negarán su testimonio intachable en favor de nuestras sinceras manifestaciones.

Así se habla, cuando se habla la verdad.

INTERPELACION

DEL SR. PLAJA SOBRE LAS ELECCIONES DE CUBA.

En todos tiempos, y desde que se celebran Cortes en España, siempre mereció la mayor estimación el estilo franco y enérgico de los representantes de los pueblos, dándose el caso muchas veces, sobre todo en épocas turbulentas y agitadas, de desdeñarse con impaciencia los discursos amanerados y galanos, para solo atender los que eran la expresión concisa y severa de las necesidades públicas.

Cuando los períodos revolucionarios se prolongan demasiado, y á la fiebre de los primeros momentos empieza á suceder el cansancio ó la desilusión, la opinión pública no se satisface ya solo con los atavíos retóricos de la elocuencia, sino que ansía más que nada, soluciones prontas y salvadoras: ménos torneos parlamentarios y más remedios eficaces para las dificultades de la nación.

Estas reflexiones se nos ocurrían al oír el sábado al digno diputado por Puerto-Rico Señor Plaja.

Su objeto era excitar al gobierno á que inmediatamente convocara á los diputados de Cuba, y probar la conveniencia, la posibilidad y la necesidad imperiosa de que vengan pronto á tomar asiento en las Cortes.

Con frases sentidas, hijas de su honradez y de su lealtad, se esforzaba en llevar la convicción al ánimo de los demás diputados, y de probarles el peligro que habia para Cuba en que esas elecciones no se hicieran inmediatamente.

Haciéndose cargo de la situación y del estado de la opinión en aquel país, vindicó con el mayor entusiasmo la gloria que allí ha adquirido el partido español, censurando la indignidad que se comete al tacharlo de reaccionario, cuando está compuesto de hombres de todas las opiniones.

Como se oyera una voz que pronunciaba entre otras la palabra *reaccionario*, volvióse el Sr. Plaja al interruptor, diciendo que no era cierto lo que en ese sentido dicen los que en vez de reconocer en ese partido el inmenso patriotismo que lo alienta se entretienen en denigrarlo.

Este ligero incidente produjo gran emoción en toda la Cámara, reconociendo en el orador desde ese momento, condiciones para impresionar su auditorio, y que la falta de galas oratorias, bien pueden ser suplidas y con usura, con el entusiasmo del corazón, y con la exaltación que produce el amor á la patria irritado.

Después de explicar la situación respectiva del partido español y del bando separatista, y cuando con su palabra sencilla y elocuente habia llevado la persuasión á toda la Cámara, vimos con sorpresa levantarse al ministro de Ultramar, á sostener que en estos momentos no eran convenientes unas elecciones en Cuba, pero que él estaba dispuesto á *liberalizarla* y *radicalizarla* por muchas resistencias que hallara. Y no contento con eso, hizo el panegírico de todas las colonias que se han emancipado al llegar á su virilidad, sirviendo como coronamiento á su extraña é inconexa peroración, la *amenaza*, que no de otra manera podríamos calificarla, de presentar *inmediatamente* los proyectos de ley resolviendo la cuestión social, sin tener en cuenta aunque para su discusión que no están presentes los diputados por Cuba.

Si quisiéramos ser severos, al juzgar un discurso que tan triste sensación ha de causar en las Antillas, tendríamos que valernos de las frases más acerbas; pero no queremos ensañarnos con quien solo dejará respecto de sus actos referentes á Cuba recuerdos desgraciados, y que no contento con desoir todas las advertencias sinceras que se le hacen, por quien tiene derecho á hacerlas, desdeña á los que al enviarle exposiciones leales, creyeron que sobrepondría la razón de Estado á la opinión propia y que harían más impresión en su espíritu, las palabras de miles y miles defensores de la patria, que las de diez ó doce amigos que nada tienen que perder en Cuba.

Las razones del Sr. Becerra no las juzgamos razones, así es, que al replicar el Sr. Plaja que las teorías sustentadas por el ministro irían á alentar á los rebeldes, sus palabras produjeron profunda sensación en nosotros; y es que habíamos oído con dolorosa sorpresa, que un ministro español reconocía la legitimidad de las desmembraciones coloniales, precisamente en los momentos en que los soldados españoles derramaban su sangre para sofocar una insurrección colonial.

Recomendamos esos discursos á nuestros lectores, rogándoles que los lean íntegros, pues solo así podrán apreciar el extraño contraste, entre las francas y leales aspiraciones del señor Plaja, que casi parecía un eco de lo que se piensa en Cuba, y esa política nebulosa é indecifrabable que lleva á un abismo nuestras colonias.

El Sr. Benot, diputado federal, abogó en el mismo sentido que el Sr. Plaja, pero el ministro de Ultramar volvió á contestar que no podían hacerse elecciones en Cuba, porque habia una masa inerte ó indiferente, que era la liberal que no podia tomar parte por temer á los bandos contendientes.—Como todo el que allí es fiel á España es protegido y defendido, y como en las masas puramente españolas hay hombres de todas las opiniones desde el absolutista hasta el federal exaltado, y entre todos hay la *mejor armonía*, no sabemos qué parte de la población será la amedrentada, pues no suponemos que la solicitud sea á favor de los filibusteros solapados que allí pululan, y que tan pronto despliegan la mayor falsedad para congraciarse con los españoles, como prodigan toda clase de auxilios á los insurrectos.—Nosotros creemos que para estos nunca deben decretarse las elecciones, pues los que reniegan del nombre español, y nada quieren de España, ni pueden ni deben aprovecharse de ellas.

En Cuba están perfectamente deslindados los

campos: no hay más que españoles ó enemigos de España. Y siendo así, ¿se seguirán dilatando las elecciones, hasta que estos últimos tengan á bien abandonar el fusil para asistir á ellas? ¿Será posible que estén suspendidas hasta que *estos señores puedan ejercer su derecho electoral*? Sino renuncian á la vida de vándalos, ¿ha de estar la poblacion leal privada de emitir sus sufragios hasta que aquellos consientan en acompañarlos á las urnas?

Un sentimiento de profunda amargura nos dicta estas palabras, pues no concebimos que se guarden tales miramientos y consideraciones, y hasta *el de espera*, con los que segun nuestras leyes políticas y penales, no solo han perdido todos sus derechos de ciudadanos españoles, sino que por su propia y deliberada voluntad han declarado repetidas veces, que se consideran á sí mismos como extranjeros en nuestro territorio.

La sesion de ayer servirá á muchos de profunda enseñanza; para nosotros no ha sido siquiera una decepcion, sino la confirmacion de temores que nos asaltan desde hace algun tiempo, que empiezan á tomar forma, y aparecer como peligros inminentes para las Antillas. Si estas se salvan, cuando tan *inconscientemente* hay quien conspira para su ruina, y los males que las amagan se desvanecen, será preciso creer que la Providencia vela por nosotros á pesar de nosotros mismos.

En uno de los periódicos que más se han ocupado de las cuestiones de las Antillas, y que por consiguiente debiera estar bien informado de lo que en aquellas tierras sucede, ó siquiera de lo que son ó de adonde están, en *La Discusion* en fin, (número del domingo 27 del corriente, se lee lo que copiamos á continuacion:

LA SITUACION DE LA JAMÁICA NO PUEDE SER MÁS CRÍTICA. LOS REVOLUCIONARIOS SE MULTIPLICAN. MONAGAS HA IDO Á CORO CON 1.000 HOMBRES PARA BATIR AL GENERAL BLANCO. LA REVOLUCION SE VÁ EXTENDIENDO POR TODO EL PAÍS.

Asombro nos ha causado encontrar esas noticias y más asombro aun que de continuo se trate de lo referente á ciertos pueblos ignorándose su situacion y estado, como en esas palabras se demuestra; porque ni en Jamáica hay revolucion, ni Coro está en Jamáica, ni Monagas, ni el general Blanco tienen nada que hacer con esa isla.

Jamáica es una de las Antillas que pertenecen á Inglaterra; y está completamente tranquila. Coro es una ciudad de Venezuela, república del continente; Monagas y Blanco son dos jefes venezolanos y el ataque anunciado del primero contra el segundo, es una de aquellas disensiones que constantemente están devastando esa tierra que ántes fué uno de los reinos de España en América.

Más claro; la isla inglesa Jamáica es cosa muy distinta de la república indicada, y los dos generales nombrados pertenecen á la última: en la primera se habla la lengua de la Gran-Bretaña, el inglés; en la segunda la lengua castellana.

Después de hallar en *La Discusion* esa inexplicable confusion de dos países tan distintos, ¿qué debe uno juzgar del conocimiento que tienen algunos de las cosas de América? ¿Cómo debe apreciarse el magisterio con que pretenden resolver los complicados problemas de nuestras posesiones en el Nuevo Mundo?

En el número de *El Pais* correspondiente al día de ayer y en carta que desde New-York, se dirigía á ese periódico se lee lo siguiente:

Mr. Pomeroy, después de oír al *verdido* Quesada, presentó una proposicion al Senado diciendo que los españoles en Cuba mutilaban los cadáveres de los rebeldes sin consideracion á edad, sexo ni condicion, y que esto era cruel, inhumano y bárbaro, y que merecia la reprobacion del mundo cristiano.

Mr. Sumner contestó que seria necesario probar cargos tan gratuitos y oír á la parte contraria. Por conclusion citó el hecho sentado por el mismo Quesada en su manifiesto, de que este habia mandado fusilar 1105 prisioneros españoles.

Nos admira la susceptibilidad de los sentimientos de humanidad exquisita de Mr. Pomeroy, asi como la candidez con que el Senador Sumner indica que es necesario oír á la parte contraria, cual si la cámara Norte-americana fuera un tribunal al que hubiésemos de someternos en algo.

Y tanto más nos admira, cuanto que el Gobierno de aquella república sabe muy bien que esas indignidades no son propias del carácter español.

En Cuba no se han perpetrado los horribles crímenes que supone Mr. Pomeroy; nuestro pueblo no se ha inficionado con el ejemplo de barbarie que á la faz del mundo entero dió el general de las tropas federales Butler, profanando en Nueva Orleans los sepulcros para desenterrar los restos de los jefes confederados, hecho que le conquistó el imperecero renombre de la Hiena de Massachussets, por ser este animal el único que para saciar el hambre arranca los cadáveres de la tierra.

Suscrito por D. José María Jorro, ha publicado *El Sufragio Universal* (27 del corriente) un artículo, del que tomamos el párrafo siguiente:

«La severidad de principios del Sr. Becerra, no han bastado para purificar sus oficinas de los miasmas reaccionarios que las infestan. Su propia secretaria, el tribunal de Cuentas del Reino, y la sala de Indias, alimentan un gran número de reaccionarios, hechuras, algunos de ellos, de la administracion de Gonzalez Brabo. ¿Y qué diremos de Cuba? Pena causa pensar en lo que allí sucede. Aun existen en aquellos centros administrativos una numerosa falange nombrada por la situacion caída. Y los que después de la revolucion han abordado aquellas hermosas playas, ya al lado del difunto general Dulce, ó de Caballero de Rodas, todos, sin excepcion, pertenecen al bando reaccionario. Solo de este modo se comprende la grave situacion de aquella isla, que por más esfuerzos y promesas que se hagan, terminará con una horrible catástrofe. El Sr. Becerra, por su honra política y por la del cargo que ejerce, no debe tolerar por más tiempo los escándalos que se verifican en aquella Antilla. Separe de sus destinos á Caballero de Rodas, á D. Emilio Santos y á D. Dionisio Roberts, todos pájaros de cuenta de la situacion, y mucho se habrá adelantado en el camino revolucionario.»

Doloroso tiene que ser á todo hombre imparcial ver ese afán que reina en muchos porque haya cambios continuos de los empleados ó funcionarios públicos, por el crimen de pertenecer á diversos partidos políticos en nuestra patria. Para los que como nosotros no están

afiliados á ninguno de esos bandos, no hay razon, ni conveniencia para la nacion en ese movimiento tan repetido del personal, que debe causar y que causa daños muy graves á la administracion del país, tan solo porque los que ocupan los destinos hayan sido nombrados por anteriores Gobiernos, ó porque sean republicanos, progresistas ó moderados. Mientras un empleado llene bien su encargo, ¿por qué separarlo de su puesto? Esa movilidad constante produce graves inconvenientes.

Que se separe al que infiel á sus deberes lo merezca, y se le imponga el castigo correspondiente á su falta, nada más en el orden; pero que se le arranque de su puesto sin motivo, seria un plagio del sistema mejicano, y una conducta censurable á todas luces.

¿Cómo opinaria el Sr. Jorro si ocupando él una situacion oficial y cumpliendo bien sus obligaciones, se le privase de ella, al efectuarse una modificacion ministerial, sin más fundamento que haber sido nombrado por un gobernante caído?

Pero nos dirá el articulista que está en su derecho al pedir que se separe al general Caballero de Rodas, al Sr. Santos y al Sr. Roberts, pájaros de cuenta, como los llama, porque son reaccionarios.

Nosotros ignorábamos esa circunstancia: creíamos que el general Caballero, uno de los que contribuyeron á la revolucion de Setiembre, no era reaccionario. Muy conveniente seria que dijera el articulista por qué le da el calificativo con que lo designa.

Con ninguno de esos señores nos ligan afecciones de ninguna especie, es decir, no nos unen á ellos consideraciones de amistad ó de partido; pero nos parece injusto lastimarles sin dar pruebas de que merecen el ataque.

Del mismo modo nos espresariamos, si esos señores fueran progresistas ó republicanos. Deseamos que se respete á los que cumplen con sus deberes oficiales cualquiera que sea la fraccion política á que pertenezcan.

ÚLTIMA HORA.

Nuestras predicciones se han cumplido.

Las Cortes y el presidente del Consejo han reconocido al fin que no podia continuarse la política iniciada por el Sr. Becerra, ni apadrinar por más tiempo su conducta, y le han indicado la conveniencia de dimitir su cargo.

Para sustituirle se indican dos tendencias distintas; los progresistas quieren llevar al Sr. Ruiz Gomez al Ministerio por las opiniones que demostró más de una vez, los demócratas inquietos como siempre, ganosos solo de medios con que agrandar su partido, aspiran esta vez más á que el Sr. Moret se encargue de aquella secretaria.

Ignoramos el éxito de estas combinaciones, pero si el general Prim obedece á las tradiciones de su partido, si considera la importancia de la eleccion que vá á hacer, seguro es que no esquivará el medio de tranquilizar por completo á nuestros hermanos de Ultramar.

IMPRESA DE LA INTEGRIDAD NACIONAL.

Calle de los Dos Amigos, núm. 10.